

un leproso, embarrancado en el fango y rogando á los pasajeros que lo sacasen de allí y lo ayudasen á pasar el rio. Todos huyeron del contacto de este desgraciado; pero el Cid tuvo piedad de él, lo tomó de la mano, lo envolvió con su manto, lo colocó sobre un mulo y lo condujo al sitio donde iba á acostarse. Al acabar el dia lo hizo sentar á su lado y lo invitó á comer con él en la misma escudilla, mientras los otros caballeros, temerosos de que la lepra hubiese caido en sus platos, se apresuraron á abandonar la habitacion. Llegada la noche Rodrigo compartió su cama con el leproso; se acostó con él y se taparon con la misma sábana. A la media noche, Rodrigo fué despertado por un viento muy fuerte, que sintió en sus espaldas. No encontrando al leproso y habiéndole llamado en vano, se levantó y fué á buscar una luz; pero el leproso habia desaparecido. Rodrigo se volvió á acostar dejando la luz encendida; un hombre, vestido de blanco, se acercó á él y le preguntó: —¿Duermes Rodrigo?—No, respondió el caballero, no dormo: pero, quién eres tú que esparces tanta claridad y un olor tan suave?—Soy San Lázaro. Sabe que era yo el leproso á quien has honrado y hecho tanto bien por amor de Dios, y que éste quiere, para recompensarte,

que cada vez que sientas el viento de esta noche, llesves á feliz término todo lo que emprendas. Tu honor crecerá de día en día; moros y cristianos te temerán; serás invencible, y cuando mueras, morirás honrosamente.

Cuando se considera la aversion que los leprosos inspiraban en aquella época, en que se miraba la lepra como un castigo de Dios, es imposible dejar de admirar esta conmovedora leyenda, llena toda del espíritu del Evangelio.

No contentándose con un solo milagro, inventaron otros muchos. Un monge de Cardaña los consignó por escrito bajo el pseudónimo de Abenalfarax (1); hé aquí lo que cuenta:

Quando el Cid tendido en su lecho, pensaba en rechazar á Bucar, hijo del rey de Marruecos, que marchaba contra Valencia con un grueso ejército, apercibió de repente una gran claridad, sintió un olor suave, y vió delante de sí un hombre, con vestidos blancos como la nieve. Era San Pedro: — «Vengo á anunciarte, dijo, que solo te quedan treinta dias de vida; pero Dios quiere hacerte la merced de que tus compañeros derroten la

---

(1) Véase más arriba.

rey Bucar y de que aún despues de muerto, quedes vencedor en esta batalla. Dios te enviará á Santiago para ayudarte; mas antes harás penitencia de todos tus pecados; por mi amor y por el respeto que has tenido siempre hácia mi iglesia, situada á orillas del Arlanza (1), Jesucristo consiente que se cumpla lo que te pronostico.» El Cid muy alegre con lo que acababa de oir, se levantó para besar los piés del Apóstol, mas este le dijo:— «No te tomes ese trabajo porque no podrás llegar hasta mí; tén la seguridad, sin embargo, de que todo lo que te he pronosticado, se cumplirá.» Dicho esto, el apóstol se remontó al cielo.

Al dia siguiente por la mañana, el Cid reunió á todos sus caballeros en un castillo y les dijo:— «Solo me quedan treinta dias de vida, estoy seguro de ello, porque hace siete que me persiguen visiones; veo á mi padre Diego Laynez y á mi hijo Diego Ruiz, y cada vez que se me aparecen, me dicen: «Has estado mucho tiemyo ahí; ven á reunirte con nosotros en la morada de los bienaventurados.» Ahora bien, sabeis que el rey Bucar viene á atacaros con fuerzas tan considerables que no podreis defender á Va-

---

(1) San Pedro de Cardaña.

lencia; sin embargo, con la ayuda de Dios los vencereis en batalla campal. Doña Jimena y todos vosotros os salvareis y antes de abandonaros, os diré lo que teneis que hacer.» Cuando hubo acabado de hablar se sintió malo; sin embargo fué á la iglesia de San Pedro, y á presencia de los caballeros, de las damas y del pueblo confesó todos sus pecados y errores al obispo Gerónimo, quien le dió la absolucion depués de imponerle una penitencia. Luego se despidió de todos y vuelto á entrar en el castillo, se acostó para no volver á levantarse. Cada dia se sentia más débil y cuando ya solo le quedaban siete de vida, mandó llamar á Jimena y á Gil Diaz, les suplicó que le trajesen el bálsamo y la mirra, que le regaló el sultan de Pérsia, á quien habia llegado la fama de sus expediciones. Tomó una cucharada de estas sustancias, que mezcló en una copa de oro con agua de rosas. Desde entónces no tomó otro alimento que una cucharada diaria de bálsamo y de mirra; su carne se hizo entónces más bella y más fresca, pero sus fuerzas disminuyeron por instantes.

La vispera de su muerte llamó á Jimena, al obispo Gerónimo, á Alvar Fañez, á Pedro Bermudez y á Gil Diaz, y cuando estuvieron todos reunidos alrededor de su lecho, les

habló de este modo:—«Cuando deje de vivir, lavareis muchas veces mi cuerpo y lo ungireis de la cabeza á los piés con el bálsamo y la mirra que quedan en esos botes. Vos, doña Jimena, no griteis cuando exhale el último suspiro, é impedid á vuestras damas que lo hagan, pues conviene que los musulmanes no se aperciban de mi muerte. En cuanto llegue el rey Bucar junto á la ciudad y querais volveros á Castilla, advertídselo á vuestros soldados, exigiéndoles el secreto á fin de que no se entere ningun moro del barrio de al-Cudia, y haced cargar las caballerías con todo lo que merezca llevarse. A ti, particularmente, Gil Diaz, encomiendo este cuidado: luego colocarás mi cuerpo armado de punta en blanco sobre mi caballo Babieca, atándolo de modo que no pueda caerse y me pondrás la espada tizona en la mano: hecho esto podeis combatir al rey Bucar, seguros de vencerle, pues Dios me ha prometido que, despues de mi muerte alcanzaré una gran victoria.»

Al dia siguiente el Cid dictó su testamento y á las seis, cuando sintió su fin aproximarse, suplicó al obispo que le diese el cuerpo del señor, lo recibió con mucha uncion y habiendo pronunciado una corta oracion,

entregó su alma al Eterno. Sus amigos lavaron dos veces su cadáver con agua caliente y una con agua de rosa: luego lo embalsamaron, siguiendo sus instrucciones.

Tres días despues, Bucar levantó sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia y colocó en la avanzadas, muy cerca de la muralla, un cuerpo de doscientas negras que llevaban la cabeza afeitada, á escepcion del moño, en cumplimiento de un voto. Durante doce días los compañeros del Cid defendieron denodadamente la ciudad, y al décimo tercio, cuando hubieron preparado todo, como su jefe se lo había ordenado, emprendieron, á medianoche, el camino de Castilla. La vanguardia, mandada por Pedro Bermudez, que llevaba la bandera del Cid, se componía de cuatrocientos caballeros: otros tantos quedaron cuidando de las caballerías; detrás venia Babieca; sobre cuyos lomos había colocado Gil Diaz, por medio de una maquina muy ingeniosa, el cadáver del Cid que, con el escudo al cuello, el yelmo en la cabeza y la espada en la mano, parecia vivo: la cara tenia buen color, los ojos estaban abiertos, la barba peinada con esmero.

A uu lado marchaba el obispo Jerónimo, al otro Gil Diaz: cien caballeros escogidos formaban la escolta. Jimena, y sus damas,

acompañadas de seiscientos caballeros, cerraban el cortejo, que empezó á desfilarse con solemne lentitud y en profundo silencio.

En el momento de abandonar la ciudad los últimos castellanos salía el sol, y entónces Alvar Fañez, que tenia ya colocados á sus soldados en orden de batalla, cayó sobre la division más próxima á las murallas, que era la de las negras (1), y le mató un ciento antes que tuviese tiempo de armarse y montar á caballo; las demás resistieron sin embargo el ataque de los enemigos, y muy diestras en el manejo del arco, causaron gran estrago en las filas cristianas; pero muerta la que hacia de jefe emprendieron la fuga (2). Los cristianos atacaron el grueso del ejército musulman cumpliéndose entonces la prediccion de San Pedro, pues los moros se creyeron atacados por sesenta mil caballeros vestidos de blanco y mandados

(1) El conjunto del relato indica suficientemente que debe leerse *aquellas moras* en vez de *aquellos moros*.

(2) La leyenda dice sobre esta materia (general fol. 362). «La historia dice que esta negra manejaba el arco turco con una destreza maravillosa y que por esta razon la llamaban en árabe *nugueymat turya*, que quiere decir: estrella de los arcos de Turquía. Parece que el legendario que presenta su trabajo como traducido del árabe, ha querido colocar una expresion tomada de esta lengua; sin embargo no la comprendo porque *Núguèymat Alzuraya* no significa estrella de los arcos de Turquía, que en todo caso seria un contrasentido, sino la pequeña estrella de las pleyadas.

por un hombre de elevada estatura, montado sobre un caballo blanco, un estandarte del mismo color en la mano izquierda y una reluciente espada en la derecha.

Espantado de este extraño espectáculo, emprendieron la fuga y mientras la retaguardia del ejército cristiano hizo alto en una gran llanura, las tropas de Alvar Fañez y Pero Bermudez persiguieron á los moros, obligándolos á embarcarse con tanta precipitación que se ahogaron diez mil. Saqueado el campamento enemigo, los vencedores se unieron á sus compañeros y continuaron juntos su camino á Castilla en pequeñas jornadas. Llegado á San Pedro de Cardaña, en vez de dar sepultura al cadáver, lo colocaron en una silla de marfil á la derecha del altar, con la cabeza apoyada sobre una almohada de púrpura y cubierto el cuerpo con un traje de la misma tela: la mano izquierda del Cid descansaba en su espada tizona y la derecha en los flecos de su manto: sobre el cadáver se elevaba un magnífico dosel con sus armas y las de Navarra y Castilla. El abad D. García Tellez y Gil Diaz fundaron un aniversario y, cada vez que se celebraba, vestían y alimentaban un gran número de pobres. En el día en que se festejaba el séptimo aniversario, hallándose desierta la igle-

sia por no haber la numerosa multitud que á ella concurría, y en la que abundaban los moros y judíos, el abad se vió precisado á dirigir su voz á los fieles en la plaza pública. En esta ocasion entró un judío en la iglesia para ver al Cid y encontrándose solo en ella, dijo para sí: he aquí el cadáver de este Rodrigo Diaz á quien nadie tocó la barba durante su vida; voy á tirarle de ella á ver lo que sucede; veamos si me hace algo. Mas, cuando iba á ejecutar su designio, Dios envió su espíritu al Cid y entonces la mano derecha del cadáver empuñando á Tizona la sacó un palmo fuera de la vaina. El judío cayó de espaldas dando gritos espantosos; el abad interrumpió su sermón y, precipitándose en la iglesia, seguido de sus oyentes, encontró al judío tendido en las losas sin conocimiento, y fijando los ojos en el cadáver, notó que la mano derecha habia cambiado de postura. El judío á quien volvieron á la vida rociándole la cara con agua, refirió el milagro que habia presenciado, y profundamente conmovido se convirtió á la fé.

A los tres años el cadáver comenzó á entrar en putrefaccion y lo enterraron; el féretro fué mudado de sitio en diferentes ocasiones y en la última, en 1541, lo abrieron.

Un olor suave se esparció pronto alrededor y hallaron al lado del cadáver, envuelto en un vestido morisco, una lanza y una espada. Sufrian una gran sequía en aquella época y de muy atrás se venían haciendo rogativas para que lloviese, y en cuanto el sepulcro fué destapado, empezó á caer una abundante lluvia en toda Castilla, no obstante hacer mucho tiempo que no caía una gota de agua en algunos distritos: este milagro salvó al país del hambre.

A medida que pasaban los días, el Cid iba ganando opinión de santo en la conciencia popular: los soldados procuraban pedazos de su ataúd, creyéndolos poderosos preservativos contra los peligros de la guerra; faltábale solo la canonización en forma y esta la reclamó Felipe II. Los acontecimientos de la época obligaron al embajador español á abandonar á Roma de improviso, y las negociaciones quedaron interrumpidas. Es, sin embargo, digno de llamar la atención que fuera el sombrío y austero Felipe II quien pidiese que se colocara el Cid en el catálogo de los santos: al Cid mas musulmán que católico y que aún en su tumba llevaba un vestido árabe; al Cid á quien el poderoso monarca hubiese hecho quemar por sus iniquidades como herético y sacrílego, si hubiera vivido bajo

su reinado; al Cid á quien la nacion idolatraba por considerarlo el campeon de la libertad, de esa libertad que Felipe supo ahogar en España



P.C. Monumental de la Alhambra y Gibralfaro  
CONSEJERIA DE CULTURA

---

## ESTRACTOS

DEL

### SIRADJ-AL-MOLUC.

---

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ya tuvimos antes ocasion de hablar del manual para uso de los principes, compuesto por Tortochi en el año 1122 (1) con el título de Siradj-al-moluc, y como este libro contiene muchas narraciones interesantes para la historia de España, hemos traducido las mas importantes colocándolas en orden cronológico.

---

(1) Véase el catal. de los man. or. de Copenhague t. II página 109.

---

## I.

### UN CAMPEADOR EN EL EJERCITO DE ALMANZOR.

---

«He aquí lo que me ha contado mi señor el cadi Abu-l-Walid Bádji.

«Un día, estando Almanzor en campaña, percibió desde lo alto de una colina á su derecha y á su izquierda, delante y detrás de sí, tropas musulmanas que llenaban llanuras y montañas. Dirigiéndose entonces al general llamado Ibn-al-Mochafi: le dijo, y bien, visir, que tienes que decirme de ese ejercito? Digo que es grande y numeroso, respondió: Ibn-al-Mochafi. Y no crees como yo que podrían sacarse con facilidad de el unos mil valientes? Pero viendo que el general permanecía callado le preguntó Almanzor: por qué no contestas á lo que te pregunto? Dudas qui-

zás que halla entre esas tropas mil valientes? Si que lo dudo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Sorprendido con esta respuesta, Almanzor se calló algunos instantes, pasados los cuales, dijo: Pero por lo menos habrá quinientos.—Nó—Pues bien, dijo Almanzor, que ya comenzaba á incomodarse, dejemoslo en ciento.—No, no hay tantos.—Habrá cincuenta?—Nó.—Tú eres un imbécil, gritó entonces Almanzor, montando en cólera, quítate de mi vista y que no te vuelva á ver.

Luego que las tropas llegaron al riñon del territorio cristiano y se encontraron frente al enemigo, un cristiano armado de punta en blanco, salió caracoleando con su caballo entre los dos ejércitos y gritó: Hay por ahí un mobariz? (1) Un musulman salió á su encuentro; pero fué muerto enseguida con gran contento de los politeistas que prorumpieron en gritos de alegría. Otro y otro despues sufrieron la misma suerte: entonces dijeron á Almanzor: Solo Ibn-al-Mochafi puede libertarnos de ese hombre. Habiéndole hecho venir, Almanzor le rogó que castigase la arrogancia del cristiano. Ibn-al-Mochafi fué entonces á bus-

---

(1) Es decir un campeador, véase mas arriba p. 76 y siguientes.

car á un soldado de las fronteras. Tenia este una facha desastrada y montaba un caballo lleno de mataduras. En el arzon de la silla, llevaba un odre. Cuando Ibn-al-Mochafi le suplicó que llevase á Almanzor la cabeza del cristiano, fué á depositar el odre en su tienda, hecho esto, se vistió la coraza y saliendo al encuentro del enemigo, hizo rodar su cabeza á los pocos instantes á los pies de Almanzor.» Este si que es un mozo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Asi es como entendia yo el valor cuando os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni quinientos, ni ciento, ni cincuenta, ni veinte, ni aun diez guerreros valerosos. Almanzor volvió al general á su gracia y le colmó de honores.

Como este relato es parecido al que tradujimos antes, página 66 y 68, hemos creído conveniente reducirlo algo. El general de que aquí se trata parece ser el visir Hichâm, sobrino del primer ministro Djafar-Muchafi, general en jefe de la caballería (1), que en el año 977 se atrajo el descontento de Almanzor, porque adelantándose al grueso del ejército, que volvia de una expedicion contra los leoneses, fué á mostrar en Córdo-

---

(1) Véase á Ibn al-Abbár en mis *Noticias*.

ba una porcion de cabezas cortadas por otros. Encolerizado Almanzor juró castigarlo, y poco despues, en Marzo de 978, lo mandó prender y á todos sus parientes, haciéndole matar sin forma de proceso (1), en cuanto llegó á la prision de Estado en Zahra.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

---

(1) Véase á Ibn-Adhâri, t. II, p. 225. — Maccari, t. II, página 62.

---

---

## II

### UN FAQUI TOLERANTE.

«En tiempo de Almanzor Ibn-abí-Amir, ocurrió en Córdoba un caso extraño: un tal Cásim Ibn-Mohammed-Sonbosi fué (3) acusado de impiedad, y Almanzor le hizo prender con otros literatos, pertenecientes á las clases más distinguidas de Córdoba, sospechosos también de libertinaje y ateísmo. Mucho tiempo permanecieron en los calabozos; todos los viernes, terminado el servicio, los ponían á la puerta de la mezquita principal y el pregonero gritaba:—«Que vayan á declarar todos los que sepan algo contra estos hombres.» Presentáronse algunos testigos y el cadí pudo presentar contra Cásim una

---

(3) En el *Lobb-al-lobab* se halla el nombre relativo Sinbisi; pero el man. *a* trae *alsunbisi* y el man. 354 *b* *alsunbusi*. En el man. 70 se halla *alsanbisi*.

denuncia, autorizada por gran número de firmas, en que se le acusaba de materialismo é incredulidad. Llevada á palacio, convocados los faquies y preguntados acerca de su opinion, declararon que el reo merecia la última pena. Dada esta sentencia ó decreto, á que los árabes llaman fetfa, se mandó comparecer á Cásim, el cual se presentó acompañado de su padre y de sus dos hijos pequeños, vestidos todos de riguroso luto. El anciano, que no podia andar, hacíase conducir en litera llevada por dos hombres y todos lloraban delante de la puerta del palacio; hicieron luego venir al verdugo, llamado Ibn-al-Djondí y le dieron muchas espadas, y mientras las probaba y los niños y su abuelo tenian clavados los ojos en él, vióse llegar al faquí Abu-Omar (1) Ibn-almacwá el sevillano, que venia contra su gusto, habiendo rehusado largo tiempo formar parte del tribunal. Invitado á que emitiese su juicio, dijo:—Una sentencia de muerte no debe darse sino por pruebas tan convincentes que

---

(1) En vez de Abu-Omar, los tres manuscritos de que nos hemos servido traen Abu-Amr; pero esto es una falta. Abu-Omar Ahmed-Ibn-Abdalmelic ibn-Háchim el sevillano, conocido por el nombre de Ibn-Al-Macwa, escribió por orden de Almanzor un libro sobre las decisiones de Málic (véase Homaidi, man. de Oxford, f. 56 v., 57 r. y Maccari, t. II, p. 117.

no dejen duda alguna acerca de la existencia del crimen por que se aplica: suponéos que en vez de Ibn-as-Sonbosí, se tratára de una gallina; con qué derecho la matariais?— Más, replicó el cadí Ibn-as-Sarí, (2) aquí, está la lista de los testigos, que he examinado detenidamente, replicó el cadí, — Enseñádmela; dijo entónces el faquí, y cuando la vió, decidme, continuó: en virtud de qué declaraciones creéis que el acusado debe ser condenado á muerte?— Por esta, por aquella y por la de más allá, replicó el cadí, y señaló cinco.— Condenais entónces al acusado al último suplicio porque hay contra él cinco declaraciones?— Sin duda.— Y si no hubiese más que dos, qué hariais?— Lo absolvería; pero como hay muchas, las unas apoyan á las otras; y además me consta que la mayor parte de los testigos son personas fide dignas.— Dirigiéndose entónces al tribunal le preguntó Ibn-al-Macwâ:— Creéis que porque haya un cierto número de *columnas* debe derramarse la sangre de los musulmanes? por mi parte no lo creo: no opino, pues, que debe morir el acusado.— Los faquíes se

---

(2) Este nombre es dudoso. He seguido el man. 70, pero el man. 354 a trae Ibn-al-scharqui y el man. 354 b Ibn-al-scharafi.

fueron pasando poco á poco á su partido, y, seis meses despues, declararon inocente al que antes habian condenado. Los demás acusados quedaron tambien en libertad y la espada volvió de nuevo á la vaina.

«Cuando los faquies informaron á Almanzor de lo que habian resuelto, éste les dijo:— Al absolver á Ibn-as-Sonbosí habeis *enterrado* al cadí. Deber nuestro es mantener la religion, y no podemos conservar la vida á un hombre que le gusta derramar sangre. Llevaron al cadí á la cárcel y lo soltaron á los pocos dias.—En adelante, el faquí Ibn-Dhacwán les decia con frecuencia, cuando os pregunten por qué sabeis que hay Dios, podeis responder como el otro á quien se hizo la misma pregunta: lo sé porque ha desbaratado mis planes.»

«La expresión de *columnas* empleada por el faquí hablando al tribunal, significa testigos. Dos solos nada prueban contra un acusado; pero segun el faquí, tampoco las declaraciones conformes de muchas personas, tienen ningun valor.»

---